

LA PRUEBA

Ya sólo en situaciones como aquélla Samuel echaba de menos un cigarrillo. La espera no le ponía especialmente nervioso, más bien le resultaba un fastidio. No poder hacer nada, sentado allí; entretener los minutos, tal vez las horas, mirando al vacío, en silencio, y sin poder dejar de estar alerta... Sí, un cigarrillo reunía buenas condiciones para hacer más llevadera la tensión de esos tiempos muertos.

Se escuchó un sordo rumor de pasos, lejano aún; pero sin duda se aproximaban. Quienquiera que fuese, había decidido subir por las escaleras. Samuel se olvidó del amigable aroma del tabaco y se puso en pie. Consideró por un segundo si había hecho bien en dejar una lámpara del salón encendida. Aún estaba a tiempo de apagarla. No, mejor dejarla encendida: atraería toda la atención sobre ella.

Mientras, Pedro Iranzo hacía lo que tenía por norma cuando llegaba del trabajo: subir por las escaleras. Vivía en un quinto piso, y era la única gimnasia que practicaba. Estaba ganando peso. Comía lo de siempre, pero cada vez era más viejo y a su organismo le sobraba la mayor parte de lo que ingería diariamente. Había decidido que subiría por las escaleras hasta que su cuerpo aguantase y se le ocurrieran otras formas de hacer ejercicio sin tener que vestirse con calzón corto y zapatillas deportivas.

Llegó resoplando, había subido sin prisas, incluso un poco más despacio que de costumbre; dejaba atrás una interminable y agotadora jornada en la redacción del periódico y tenía ganas de refugiarse en casa lo antes posible. Abrió la puerta. Se sorprendió al notar que había luz. Por la tonalidad, supo que era la de una lámpara de pie que había en su salón. Pensó que tal vez habría

olvidado apagarla antes de marcharse. Cerró la puerta tras de sí y apenas lo hizo notó un contacto metálico y frío contra su cogote.

-El señor Iranzo, ¿verdad? No haga ninguna tontería. Y sobre todo no se le ocurra gritar, ni siquiera hablar en voz alta. Gírese muy despacio hacia mí.

Pedro Iranzo obedeció a la voz grave y cadenciosa de Samuel. En frente vio a un desconocido algo más alto que él, también más joven y más fornido, que sostenía en su mano enguantada una pistola rematada con un silenciador. Samuel le encañonaba entre ceja y ceja y Pedro Iranzo podía ver el abismo del cañón, oler su aroma metálico y untuoso. Comenzó a tener una nauseabunda sensación de vértigo.

-¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? –preguntó Iranzo, sin poder apenas respirar.

-Así me gusta, que no alce la voz. Lo primero que quiero decirle es que no tiene nada que temer, siempre que me dé las respuestas adecuadas.

-¿Có... cómo dice? –balbuceó, temblando un poco.

-Y lo segundo es que vaya a mear, o a cagar, no sé. Lo que tenga por costumbre cuando llega de la calle.

-¿Qué?

-No se apure, hombre. Nos pasa a todos al llegar a casa.

-Llévese lo que quiera, no diré nada –se atrevió a sugerir.

-Oh, vamos, señor Iranzo, no se lo tome a mal, pero antes de que usted llegara no había nada aquí que me interesase.

Pedro Iranzo no sabía qué hacer. Lo cierto es que reventaba de ganas de orinar, pero le parecía ridículo preocuparse de eso en semejante situación. Y

aún más ridículo que fuese el tipo que le apuntaba con un arma quien se preocupase por ello.

-Venga, no sea tímido hombre, entre usted. Usted solo. Eso sí, deje la puerta entornada. Y no se apure si hace algo de ruido.

Iranzo entró en el baño. Tardó un poco en escucharse el chorro, pero al fin sonó. Samuel sabía que aquello siempre funcionaba. Era sólo cuestión de dejarles un momento a solas, para meditar, y todos acababan calmándose en cuanto comprendían que nadie que tuviese el firme propósito de volarles la cabeza estaría pendiente de las necesidades fisiológicas de su víctima.

Se escuchó el ruido de la cisterna.

-Bueno, señor Iranzo, sólo he venido a obtener información. A que me cuente algunas cosas. ¿Se ha calmado ya del todo?

-No... no lo sé. ¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado? –preguntó la voz desde dentro del baño aún.

-Por la puerta, como una persona civilizada. En cuanto a mí... digamos que soy una especie de *recadero*... En fin, creo que ya ha tenido tiempo suficiente. Si no va a hacer nada más, salga, por favor.

Pedro Iranzo salió del baño, estaba menos tembloroso. Samuel le apuntaba con una pose casi indolente.

-Podría haberle abordado en el trabajo –continuó diciendo Samuel-, sé que se queda de los últimos en la redacción. Pero pensé que aquí íbamos a estar más tranquilos, sobre todo yo. Y créame, mi tranquilidad le conviene. Vamos, pasemos al salón y sentémonos... Póngase usted ahí.

Samuel le indicó el centro del sofá que había a un lado de la estancia; después agarró una silla y se sentó frente a su rehén, sin dejar de apuntarle.

-¿Qué es lo que quiere? –volvió a preguntar Iranzo, con un tono que empezaba a demostrar tanto miedo como enojo.

-Ya se lo he dicho, quiero información. Le voy a dar un nombre, y usted me va a hablar de él. Especialmente, me va de hablar de todo aquello de lo que el propietario de ese nombre quisiera que nadie hablase.

-¿Y eso será todo?

-Eso va a depender de lo valiosa que sea la información que usted me proporcione... Gabriel Sotelo. Ése es el nombre. Qué me dice.

-¿Gabriel Sotelo? –se extrañó Pedro Iranzo.

-Sí, sé que es usted muy amigo suyo, y que hasta no hace demasiado fue su consejero personal, su hombre de confianza e, incluso, hay quien afirma que fue también su... amante.

-Si está buscando algo con que ensuciar la imagen de Gabriel, de nada le va a valer eso último. Su homosexualidad es manifiesta; nadie la ignora.

-Cierto, vivimos tiempos de tolerancia, afortunadamente. Pero por muy tolerantes que seamos todos aún siguen teniendo una muy mala fama los pederastas, señor Iranzo.

-¿Pederasta?, ¿Gabriel Sotelo, un pederasta? ¿De qué me está usted hablando?

-Vamos, no se ofusque. Carece de importancia si usted estaba también metido en el asunto. Rectifico: si estuvo usted metido en el asunto, es cuando adquiere verdadera importancia, pero en la medida en que aporte información de utilidad. ¿Me comprende?

-No señor, sigo sin comprender una mierda.

-¡Eh! Controle ese lenguaje, que se note que es usted una persona con educación.

-Esto es de locos.

-A ver, centrémonos en el gusto del señor Sotelo por los jovencitos. El señor Sotelo es hombre de recursos, usted lo conoce mejor que muchos, y no debió de costarle gran cosa entonces cerrar ciertas bocas. Pero estos asuntos no se entierran fácilmente, y menos en un pueblo. En Morata, de un tiempo a esta parte, se vuelve a rumorear que lo de esos chicos del instituto fue cosa muy fea. Y, en fin, teniendo en cuenta la plena confianza que Sotelo deposita en usted, mi cliente se pregunta si usted estaría dispuesto, digamos, a...

-¿A qué, por dios?, ¡si no había oído jamás esa historia! –le interrumpió.

-... A añadir a esos rumores algún dato más fiable, cualquier cosa que pudiera interesar a mi cliente –continuó Samuel sin inmutarse.

-¿Y quién demonios es su cliente? –preguntó Iranzo, removiéndose en su asiento y alzando un poco la voz.

-A ver, señor Iranzo, ya sé que es usted periodista y que le debe de costar mucho no hacer preguntas, pero recuerde que de los dos yo soy el único que lleva pistola. No se me envalentone.

A lo largo de la conversación, el cañón del arma de Samuel había ido apuntando cada vez más hacia abajo, pero de pronto volvía a centrarse entre las cejas de Pedro Iranzo. Samuel continuó:

-¿O cree que sus posibilidades de salir bien parado aumentarían si yo le dijera quién es mi cliente? ¿Es lo que cree?

Iranzo tragó saliva, se escuchó el tránsito del fluido por su garganta, un clic desagradable, casi doloroso.

-Disculpe –dijo finalmente.

-Bah, no tiene importancia. Pero acepto sus disculpas –ironizó Samuel, volviendo a relajar la presión de sus dedos en torno a la pistola.

-¿Puedo decir algo?

-Por supuesto.

-Si tan informado está usted de todo lo que concierne a Gabriel Sotelo, no entiendo por qué me sigue apuntando con su arma. Debería saber que hace mucho que no tengo arte ni parte en sus actividades. Eso de ser *muy amigo suyo*, de que *deposita* en mí su confianza, es cosa pasada. Hace casi dos años que no he vuelto a hablar con él y, francamente, malditas son las ganas que tengo de hacerlo a estas alturas.

-Vaya, suena a despecho, señor Iranzo. ¿Se apagó la llama del amor entre ustedes? Cuánto lo siento.

-Ya. Bueno, yo también siento no poder aportarle gran cosa. Creo que se ha equivocado abordándome de esta manera tan... hostil.

-Tengo mis motivos, créalo –dijo Samuel, tras lo cual se sucedió un corto lapso, unos segundos apenas, en el que nadie pronunció una palabra. Pedro Iranzo miraba a Samuel con prevención y éste estudiaba al otro con detenimiento. Ambos tenían el ceño fruncido y apretaban las mandíbulas, como si estuviesen mascando sus propios pensamientos. Pedro Iranzo calculó en ese tiempo cuántos pasos había de dar para llegar a la puerta del piso y salir disparado escaleras abajo si su enemigo bajaba la guardia lo suficiente, antes de que éste tuviera tiempo a reaccionar. Samuel, en cambio, pensaba ya está, ya está pensando que puede escaparse. Esa vana ilusión no le convenía, hacía

que sus víctimas dejaran de concentrarse en la prioridad que a él le había llevado allí. Así que continuó hablando:

-En cualquier caso, alguien como usted, que *tuvo* tanta confianza con él, y que le acompañó durante la infinidad de causas que ha tenido abiertas con la justicia, seguro que guarda algo. Y mi cliente se pregunta si no será usted ese punto flaco que nadie le ha descubierto a Sotelo.

-¡Ja! Sotelo no tiene puntos flacos. Créame: han tratado de implicarle en tramas de corrupción política, en docenas de maniobras de especulación inmobiliaria, hasta con el tráfico de armas... Sí, todo cierto, y nada probado. Yo lo sé, como lo sabe todo el mundo. Como lo sabe usted o lo sabrá su cliente. Pero nada más. Es del todo inatacable. Tiene buenos abogados; de hecho, uno fue lo suficientemente bueno como dejarse follar por él...

-Otra vez ese corazón despechado, señor Iranzo. No es una actitud muy positiva.

-Descuide, no me voy a morir por eso. Casi que me alegro ahora.

-¿Por qué se alegra?

-Bueno, porque yo soy un hombre... decente. Sí, ríase lo que quiera, pero todos los manejos de Sotelo han supuesto siempre para mí un profundo conflicto con mi propia conciencia.

-¡Ah!, la conciencia. A eso es a lo que apela mi cliente, a su conciencia, señor Iranzo. Tal vez necesite una cierta limpieza y ahora se le está ofreciendo la oportunidad. Déjese llevar por ese despecho; sírvanos esa información lo bastante comprometida como para quitarle a Sotelo ciertos deseos, ciertas aspiraciones.

-Ya veo: se quiere presentar a la alcaldía –concluyó Iranzo.

-Quién sabe.

-Se va a meter en política, en cualquier caso –insistió.

-Veo que está más informado de lo que me ha dicho al principio. No está usted siendo sincero conmigo, señor Iranzo.

Samuel volvió a enderezar el cañón de su arma.

-No, nada de eso. Es... sólo una vieja idea suya; supongo que habrá calculado que le sale más barato ejercer directamente la política que hacerlo por persona interpuesta. Sólo he hecho una deducción. Y deje de amenazarme de una vez, se lo ruego.

-Las deducciones también me valen –comentó Samuel ignorando el ruego del otro-. Me consta que es usted buen periodista, de éstos que tienen olfato, sus deducciones seguro que son acertadas.

-Sí, lo soy, y en mi oficio se acaba sabiendo mucho de mucha gente. Y le aseguro que si hubiera algo noticiable en el pasado o en el presente de Gabriel Sotelo no haría falta que viniese un tipo a mi casa y me amenazase con un arma para sacármelo. Ya estaría publicado. Es como un reflejo. Igual que Sotelo no puede renunciar a ser un marica codicioso, oportunista y manipulador, yo no podría renunciar a estas alturas a hacer públicas sus actividades... si tuvieran la suficiente relevancia y con ello vendiéramos un puñado más de ejemplares cada mañana.

-Pero él le ayudó a levantar su periódico.

-Sí, y lo ha tenido a su servicio durante demasiado tiempo. Pero esto es como la famosa fábula esa, la del escorpión y la rana, igual la conoce.

-Por favor, ilústreme, yo sólo leo la prensa diria y revistas de cine.

Pedro Iranzo se atrevió a mirarle y esbozar media sonrisa, pero Samuel arrugó la frente y movió la pistola.

-Vamos, hombre, le estoy esperando –insistió Samuel.

Iranzo se sintió estúpido; tenía a un tipo apuntando a su cabeza con una pistola que de pronto le pedía que le relatase una fábula.

-Bueno... Es una historia sencilla: hay un río, un escorpión quiere atravesarlo, pero teme morir ahogado. También hay una rana... Oh, esto es una tontería, olvídense de la dichosa fábula.

-No, por favor, siga. Tuve una infancia sin abuelos. Acabe la fábula.

-Pues... El escorpión le pide a la rana el favor de que le deje subir a su espalda cuando ella atraviese el río. La rana teme que el escorpión le pique, pero el escorpión le dice que si le pica, morirían los dos y... en fin, el caso es la rana acaba accediendo y luego, mientras cruzan el río, el escorpión le pica y la rana pregunta que por qué lo ha hecho...

-Porque es mi condición –concluyó Samuel.

-O sea, que ya conocía la historia.

-No, sólo he hecho una *deducción*. Como las que usted hace. Pero sabe qué. Empiezo a creerle, y le voy a dar una alegría: voy a guardarme la pistola. Aunque usted va a permanecer todavía en su sitio, contándome; cada vez me interesa más su punto de vista.

Cumpliendo con lo que decía, Samuel encajó el arma dentro de la funda, oculta por la pechera de su americana. Iranzo se sintió algo más relajado y, traicionando su propio instinto de conservación y su primer plan de atravesar a toda velocidad el salón y escapar de allí a la primera ocasión que se terciase,

por su cabeza se cruzó un vago deseo de ser útil a aquel intruso que de pronto dejaba de parecer tan amenazador.

-¿De veras? Si no le he contado nada en realidad.

-No crea.

-Es más, quizá sea usted quien pudiera contarme algo a mí y, así, quedar todos contentos: su cliente y yo... -propuso.

-Continúe, se lo ruego –comentó Samuel con cierto sarcasmo, inclinándose hacia delante.

-En realidad, ahora mismo estoy muerto de curiosidad por saber qué es todo eso de los chicos del instituto de Morata. ¿Ocurrió mientras yo estuve, digamos, en la órbita de Sotelo? Porque ya le digo que no sé absolutamente nada de eso.

Samuel se quedó otra vez mirando atentamente a Iranzo, asintiendo con pequeños movimientos de su cabeza arriba y abajo, hasta que finalmente comentó:

-Para serle completamente sincero, señor Iranzo, debo decirle que le he puesto una pequeña trampa: yo ya sabía que usted no andaba en tratos con Sotelo desde hace años.

-¿Una trampa? ¿Para qué?

-Bueno, me interesa o, más bien, a mi cliente le interesa conocer hasta qué punto se mantenía usted como un hombre leal a quien fue durante mucho tiempo algo más que un amigo.

-¿Y... qué le ha parecido mi grado de *lealtad*? –preguntó Pedro Iranzo, casi ufano.

El silencio de antes se reprodujo, sólo que esta vez duró algo más. Samuel se había cruzado de brazos. Rumiaba las palabras que pensaba decir. Se llevó una mano a la barbilla y comenzó a apretar con sus dedos pulgar e índice su labio inferior. Al final, apartando la mano de su cara, ofreció una franca sonrisa que Pedro Iranzo devolvió casi turbado, como si sintiera que el otro le hubiera pillado fijándose descaradamente en sus carnosos labios.

-Pues no sabría decirle, de veras –comentó Samuel, desplegando sus brazos aparatosamente y mostrando las palmas de sus manos. Pedro Iranzo se fijó en que no le brillaban, y pensó también en la humedad incesante de las suyas. Samuel continuó:- De momento, no me está aportando ningún dato que pueda comprometer a Sotelo directamente; pero... Si es cierto eso de que no sabe nada, entonces no es cuestión de lealtad, claro...

Pedro Iranzo hizo un gesto de fastidio, como si acabaran de pillarle en una falta.

-¡Oh!, no se lo tome a mal, señor Iranzo. No es que quiera quitarle méritos. Sólo digo que no me parece usted un héroe. En todo caso, los héroes suelen ser muchas veces tipos muy simples, cortos de entendederas, incapaces de calcular las consecuencias de sus propios actos. Usted, en cambio, parece un tipo inteligente, no puede comportarse como un héroe.

Iranzo se removió en su asiento una vez más, pero volvía a sonreírse como antes, y lo hacía con menos inquietud aún.

-Sin duda, es usted un *recadero* muy particular –le dijo a Samuel-. Podríamos entendernos. Lástima que sepa que sigue guardando un arma.

-¿Tal vez anda escaso de amistades, señor Iranzo? Le advierto que no sabría acostumbrarme a la barba de otro.

-No –sonrió Iranzo, más-, es sólo que sigo sin comprender por qué no podríamos mantener esta misma conversación abajo, en el bar de la esquina, con toda normalidad. Yo trabajo con información, sé lo que vale darla y no digamos ya recibirla; y en este caso, creo que podríamos aportarnos cosas interesantes el uno al otro.

-Me alegra oír eso, de verdad... Así que, sí, ¿por qué no? Le voy a contar.

-Soy todo oídos –dijo Iranzo.

-Pues verá: hace cosa de un par de años, dos chicos de un instituto de Morata desaparecieron, era viernes por la tarde. Se movilizó todo el pueblo. En la noche del domingo aparecieron de nuevo como si tal cosa. Dijeron que se habían ido a la capital, donde los había invitado un amigo que habían conocido por internet. Sin embargo, al cabo de los días, comenzó a correr el rumor de que quien realmente había *invitado* a esos dos muchachos era el señor Sotelo, a su finca en las afueras de Morata. Pero fue sólo eso, sólo un rumor, que se acalló lo suficientemente pronto como para no levantar demasiada polvareda. Los chicos ya no viven allí. Ellos y sus familias se fueron a vivir cerca de la capital, en unos chalés lujosísimos. Creo que el padre de uno de los chicos era carnicero, y el del otro tenía una cristalería. En cada uno de los chalés caben cinco pisos como éste, y –Samuel echó un vistazo a su alrededor- es un piso amplio... Y, por supuesto, tienen piscinas, dos cada uno; y varias plazas de garaje, uno de ellos luce en su entrada una fuente a imitación de la de Cibeles, una horterada, vaya, pero ya sabe cómo son estos ricos a los que de pronto les ha llovido todo el dinero de golpe. La cuestión es que, en fin, en Morata también hay envidiosos, ya me entiende. Y otra vez ha regresado el rumor. Supongo que todo el mundo quiere tener un chalé, dos piscinas y alguna otra

mierda de estatua, es lógico. Pero un rumor es un rumor, señor Iranzo, basura informativa; usted que es periodista de los buenos sabe que en el mejor de los casos sólo valen como indicio...

-Sin embargo, si son indicio de algo que sucedió realmente, pueden ser un buen punto de apoyo para seguir indagando.

Samuel enderezó su postura, asintió y proyectó los labios hacia delante. Todas las mujeres con las que había estado, y habían sido muchas, le decían que tenía unos labios irresistibles. Volvió a cruzarse de brazos y entrecerró sus ojos. Quería seguir escuchando atentamente lo que el otro tuviera que decirle.

-... Y si se trata de algo tan sucio –continuó Iranzo-, siempre puede quedar rastro. Quién sabe, tal vez sea sólo necesario tener la determinación de olfatearlo y a lo mejor acabamos todos ante toda una noticia, una auténtica, documentada y jugosa noticia de primera página para unos cuantos días, o semanas. Y si ya es difícil que un *gay* se convierta en un político popular, no le digo nada si se trata de uno sospechoso de pederastia.

Después de soltar todo aquello, Pedro Iranzo sostuvo la mirada curiosa de Samuel. Le agradaba aquel rostro enigmático de su secuestrador, varonil cada vez que borraba la sonrisa, severo, hasta el punto de parecer expresar un cierto tedio por tener que representar en aquella situación un papel que le incomodaba. Pero cuando sus rasgos se relajaban lo suficiente y sus ojos se abrían del todo, aquel hombre perdía su aire resignado de matón. Y aquellos labios relucientes y perfilados apuntando hacia los suyos le turbaban; le estaban haciendo estremecerse por dentro. Esos labios de mujer en un rostro de hombre, en un rostro de criminal, no encajaban bien, dulcificaban su expresión, volviéndola dócil y acogedora.

-¿Me está haciendo una proposición? –preguntó Samuel tras el breve silencio.

-Bueno, digamos que sí.

-Pues soy todo oídos.

-Déjeme ofrecerle una copa antes. Creo que va llegando el momento de abandonar del todo nuestras actitudes del principio. Yo puedo considerarle mi invitado y usted a mí su anfitrión.

-¡Jajaja! Es usted muy amable, señor Iranzo. Pero créame si le digo que el contacto de una pistola contra el pecho imprime carácter. Ahora mismo me costaría muchísimo trabajo adoptar otra *actitud* que la que me corresponde. Así que mejor haga más explícita su propuesta y luego ya veremos si hay que brindar por ella. Prometo dejar entonces la pistola metida en un cajón.

A Pedro Iranzo le brillaron los ojos con destellos de juventud. El corazón comenzó a palparle casi con tanta fuerza como antes lo había hecho, cuando notó el frío metálico del cañón apoyándose contra su cabeza.

-Bueno, lo haremos a su modo –concedió Iranzo-. Es usted un hombre concienzudo... Veamos: como le he dicho, yo ya no mantengo relación alguna con Gabriel Sotelo; pero sí que nada me impediría volver a tratar a personas próximas a él, incluso de su entorno doméstico. Cuando he tenido después encuentros fortuitos con alguien de la casa, nuestro trato ha sido siempre cordial. De manera que creo que no me resultaría difícil recuperar la confianza de algunos de ellos. Entre el personal del servicio de Gabriel Sotelo hay quienes le tienen auténtica devoción, pero también hay quien le aborrece discretamente. No me pregunte por las razones de ese aborrecimiento, porque las desconozco.

-Ah, pero sí le puedo preguntar quién es esa persona; tal vez ella me dé información más precisa, y disculpe la franqueza, de la que estoy recibiendo aquí.

-Bueno, creo que esa persona no le diría una sola palabra; a menos que la asalte también pistola en mano. Y convendrá en que habiendo otros procedimientos menos expeditivos y casi tan inmediatos, es mejor recurrir a ellos. Pero déjeme terminar.

-Por supuesto, adelante.

-Con independencia de esta vía, no tengo el menor inconveniente en poner a un equipo de investigación del periódico tras la pista de ese filón informativo que usted me ha presentado. Créame, si hay un pequeño hilo del que ir tirando, mis investigadores encontrarán el ovillo. Su cliente quedará satisfecho y yo...

Pedro Iranzo dudó a la hora de concluir, como si hubiese sentido un arrebatado de pudor.

-Vamos, desahóguese –le animó Samuel-, dé rienda suelta a ese despecho.

-No es despecho. Digamos que me parece una porquería todo lo de Gabriel y esos chicos. Además, ya sabe lo de la fábula. A estas alturas no puedo renunciar a mi condición de periodista y dejar de lado un asunto así.

-Le comprendo, señor Iranzo, le comprendo.

-Entonces, creo que tal vez ha llegado el momento de esa copa. ¿No? ¿Qué le gustaría tomar? Hago un vodka con limón exquisito; pero no con refresco de limón, sino con jugo de limón.

-Sí, tiene buena pinta; pero hace años que no tomo vodka. Y creo que de momento va a seguir siendo así.

-No me diga que es usted abstemio.

-No, ni yo soy abstemio, ni usted es un escorpión. Usted es sólo un pobre bocazas –diciendo esto, Samuel volvió a extraer el arma de su funda, se puso en pie y encañonó a Iranzo.

-Pero... ¿Qué pasa ahora, qué quiere?

El cuerpo de Pedro Iranzo se entregó otra vez a un temblor esforzado e infructuoso, absorbido por la muelle concavidad del sofá. Samuel echó mano a uno de los bolsillos de su pantalón y extrajo un llavero, rematado en una pieza metálica del tamaño de un dedo meñique y que representaba un pene erecto, dorado y brillante.

-¿Lo reconoce?

Iranzo abrió la boca de par en par.

-¿Ve cómo no he tenido problema en entrar por la puerta? –comentó, agitando las llaves.

Pedro Iranzo agachó la cabeza y se llevó las manos al rostro. Probablemente había empezado a llorar.

-Desde luego, se puede tener mal gusto. Mire, a mí me da igual que un tío se acueste con otro o con su perro, pero –Samuel sostenía el llavero ante los ojos de Pedro Iranzo- reconozco que me fastidia la gente que convierte el sexo en una religión. Pero en fin, él paga y usted es mi trabajo. Así que vayamos a lo nuestro: dígame por quién tengo que preguntar en casa de Sotelo para que me dé lo que busco o vaya despidiéndose de su periódico, de sus fábulas y de su sentido de la lealtad.

-¿Por qué hace esto? No es necesario, ya le he dicho...

-Cá-lle-se –ordenó Samuel pronunciando despacio y dando un paso en dirección a Iranzo, que se vio con el cañón de la pistola a dos dedos de su frente.

-¡¿Qué?!

-¿Tengo que volver a preguntárselo?

Samuel acercó aún más el cañón.

-Es... es el chófer de Gabriel –balbució Iranzo, en un hilo de voz.

-¿Es que sólo tiene uno? Vamos, señor Iranzo.

-Bu... bueno, el que lleva más tiempo trabajando para él.

-Su nombre –dijo Samuel dando un paso atrás.

-Todos le llaman por el apellido: Chamizo. Pero nada de esto es necesario, no tiene por q...

Fue lo último que llegó a pronunciar Pedro Iranzo antes de recibir dos impactos de bala, los dos en la cabeza.

Samuel quitó el silenciador de su arma tranquilamente. Se la guardó, dejó el cuerpo de Pedro Iranzo allí y se fue para la puerta. Por la mirilla comprobó que la luz del pasillo estaba apagada. Abrió con cuidado y con cuidado encajó de nuevo la puerta tras de sí. Sigilosamente se fue hasta la escalera y descendió por ella los cinco pisos. A través de los cristales de la entrada del portal se aseguró de que no andaba nadie por allí cerca y salió del edificio.

Tras caminar no menos de cinco minutos, se montó en un vehículo de color gris y, una vez dentro, extrajo un teléfono móvil de la guantera y realizó una llamada.

-¿Señor Sotelo? Acabo de estar con el señor Iranzo...

-...

-Sí, tenía usted razón: no era de fiar.

-...

-No, en realidad no sabía nada que pudiera perjudicarlo; pero ha picado el anzuelo ese de los muchachos del instituto...

-...

-Una lástima, sí. Eh... ¿qué hago con las llaves? ¿Quiere que se las devuelva? Si me permite una recomendación, creo que lo mejor es deshacerse de ellas.

-...

-De acuerdo, no hay de qué. Antes, una última cosa señor Sotelo. ¿Tiene usted un chófer al que llaman Chamizo?

-...

-Me temo que tampoco es de plena confianza.

-...

-No, le agradezco el ofrecimiento, pero no, señor Sotelo. Suelo dejar un tiempo entre trabajo y trabajo.

-...

-No es cuestión de dinero; sólo velo por mi propia seguridad.

Cuando terminó la conversación, Samuel desconectó el móvil y lo dejó encima del asiento de al lado; luego buscó en su bolsillo las llaves del piso de Pedro Iranzo y las depositó junto al móvil. Puso en marcha el coche y se fue de allí. Al atravesar un primer puente, sin detenerse, arrojó las llaves al río. Al cabo de varios kilómetros, al pasar por encima de un segundo puente, arrojó el móvil. Después estuvo conduciendo sin propósito determinado, hasta que

encontró un hueco a la espesa sombra de un magnolio, en una calle principal de la ciudad. Aparcó, echó hacia atrás el respaldo de su asiento y se reclinó. Se tapó los ojos con su antebrazo. Le palpitaban las sienes. La presión sobre sus ojos le fue relajando, hasta que se adormiló.

Así permaneció varios minutos, hasta que escuchó un tamborileo encima de su cabeza. Había empezado a lloviznar. Los cristales estaban empañados. El aire del interior se había recalentado y apestaba a su propia respiración. Puso de nuevo el contacto y activó la apertura electrónica de las ventanillas. Dejó un hueco de tres dedos. Lo suficiente para que se colase algo de la fresca brisa nocturna pero no las gotas de lluvia. Volvió a la posición de antes, pero sin taparse los ojos. Miraba al techo del vehículo. ¿Por qué tenía humedad el techo de su casa, que le había costado cuatrocientos mil euros, y sin embargo no se calaba el de aquel coche, que le había costado quince mil?

Juntó los labios y trató de silbar algo, pero los tenía resecos. Se incorporó y colocó el respaldo en posición vertical. Arrancó otra vez y se puso en marcha.

Llegó hasta un cruce que daba salida a la autovía. Tomó este camino, encendió la radio y buscó alguna emisora musical en la que, de cantar alguien, lo hiciese en inglés o en cualquier otra lengua que no comprendiera. Aceleró.